

Y ahora, en más reciente tiempo, surge otra nueva alondra de la prestidigitación de que hablábamos antes. Y nada menos que aparece de entre la manga y la mano del «negro» Jean Anouilh. «Negro», porque Anouilh parecía, en opinión de los encasilladores, un autor incapaz de tener otro color o salirse de esa demarcación. Indudablemente Anouilh tiene su fuerza en ese tono. Incluso la fama, y también tenemos que declarar que debido a la calidad es donde más gusta. Por naturaleza es así.

Y sólo un autor con esa clase de carga podría haber escrito «La Salvaje», «Ardele o la margarita» y «Antígona», ejemplo hecho trilogía de la cacareada faceta negra de Anouilh (5). El «más difícil todavía», y la sorpresa aparece cuando estrena en París en el teatro Montparnasse su particularísima Juana, interpretada por Suzanne Flon y que titula «L'Alouette», es decir, «La Alondra».

¿Qué dicen a esto los encasilladores viendo a un Anouilh tratar con tanta grandeza y respeto el blanco y delicado tema de Juana?

Donde hay Autor (así, con mayúscula) hay mucha vida que lleva consigo, por tanto, muchos matices y muchos estados de ánimo.

Cuando alguien de forma farisaica quiso pinchar a Don Jacinto Benavente para que definiese su posición ante la escurridiza pregunta de «¿usted cree en Dios, Don Jacinto?», él aclaró muchas cosas al contestar en toda una lección de psicología: «a veces sí y a veces no».

Después de esta lección y otras muchas que dieron los verdaderamente grandes, no sé cómo se atreven ciertos señores a definir en «sís» o «nos» rotundos a autores que, merced a su variedad, unas veces «son» negros y otras blancos.

Leí «La Alondra» de Anouilh hace tiempo y desde entonces ansié verla representar en España, porque, así, junto a la originalidad de otra Juana vista por otro autor, se unía el que éste era Anouilh. Y la verdad es que había que deshacer algún entuerto acerca de él. Quizá cuando aparezcan estas líneas se haya producido o estará a punto de producirse este acontecimiento. Es decir, «La Alondra» la veremos en el escenario del teatro Español, de Madrid, dirigida por ese gran vitalizador de la escena joven de España que es José Tamayo. Sé que poco diferirá de la sobria y escueta puesta en escena con que se hizo en París, porque desde «Diálogos de carmelitas», Tamayo nos ha puesto en un codo a codo con la magistratura francesa y precisamente con sus mismas armas; pero lo que más importa en esta «alondra» de Anouilh es todo lo que lleva de espiritual mensaje y, además, de mensaje positivo.

Vayamos a la médula. Anouilh no se puede

sustraer de la enorme cargazón de humanidad que le abrumba, y así, aunque con altísimos vuelos, enfoca el tema de Orleáns.

Fe, ejemplaridad y espiritualidad juegan sus papeles, pero nunca en el campo de las puras abstracciones. Trae un mensaje positivo al revalorizar al hombre sacándole y poniéndole de nuevo en el mundo, además de como terrible unidad o colectividad física, también como pleno e individualísimo ente espiritual. Fe de la humanidad en sí misma. Valor en sí y amor hacia esa humanidad. Se destierran los tiempos de la depreciación, el asco y del sádico placer de la auto-degradación tipo Mabroux.

Juegan en la acción escénica dos o tres situaciones de paradójico malabarismo mental sobre el nudo de las contradicciones humanas, y como poso subconsciente hacia una autodefensa, se resuelven al final en un «también las acciones más contradictorias son obra de Dios».

Esa fe, ese amor, esa revalorización del ser humano está encarnado y simbolizado por Juana. Al unísono, esos valores son obra de la firmeza y el temple del mismo ser. Las palabras casi finales de la alondra en la hoguera nos dan el supremo «tempo» temático de la obra: «los verdaderos milagros, los que hacen sonreír a Dios de placer, son los que los hombres hacen sólo con el valor y la inteligencia que Él les ha dado».

El hombre o la mujer —en este caso Juana— que merced a esos méritos y virtudes alcanza la más alta cima, hace el milagro de la manera más natural y humana. El milagro de la ejemplaridad que les convierte en símbolo de lo que puede llegar a hacer el ser humano —y que nos redime a los demás que no llegamos—, haciéndonos partícipes por la fe, esperanza y caridad al ver que estamos en la misma escala, aunque no alcancemos los últimos peldaños. Este es el milagro de fe en sí, de la redención y del amor al género humano, de unos poco escogidos que con sus sacrificios hicieron posible que el hombre siga manteniéndose asimismo en una constante dignidad. Para ello, estos ejemplares: ni Jesús en el Gólgota, con relación al género humano, ni Juana en la hoguera, con relación a Francia, necesitaron de más milagros sobrenaturales que sus humanas y terribles muertes (6).

Ellos con más fe que nadie no esperaron milagros, ni los hubo, porque en ambos casos las situaciones no pudieron ser más trágicamente humanas y naturales; ellos eran en sí mismos el milagro de la Fe. Fe en el ser humano. Fe del ser humano.

Este es el milagro natural de Juana. Y esta es la Juana de Jean Anouilh.

FRANCISCO ZARCO MORENO

Toledo, 4 Octubre 1954.

(5) «La Salvaje». Teatro Lara, Madrid. Compañía: Pepita Serrador. «Ardele o la margarita». Teatro de Cámara, Madrid. Compañía: El Duende.

(6) El problema psicopatológico del miedo, desesperación y angustia que se dan en cortos instantes en estos casos, es cuestión aparte.